

ESPECTACULOS

CINE
TEATRO
MUSICA

JAZZ
BALLET
VARIEDADES

UN DISCO DE TEATRO

Registro de una hazaña

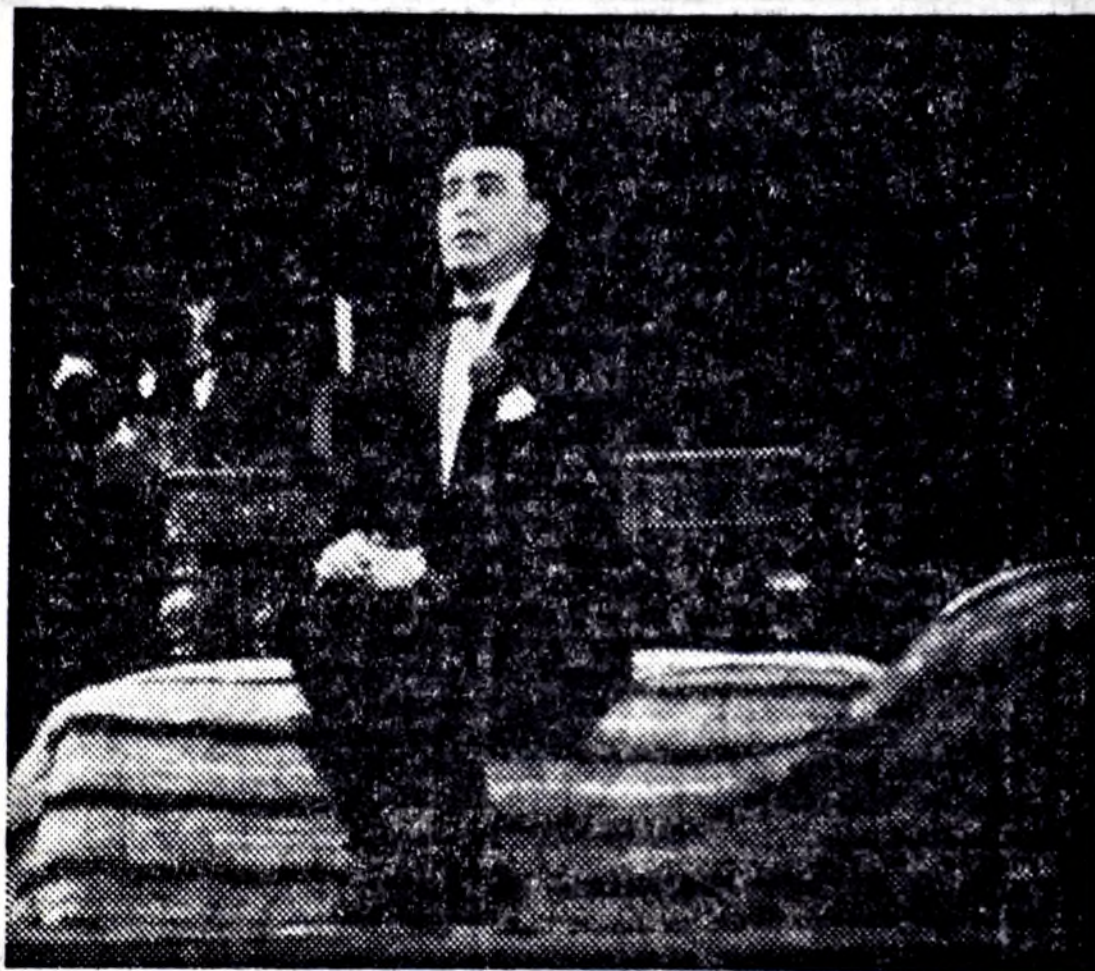
THE IMPORTANCE OF BEING OSCAR. Un Entretenimiento sobre la Vida y la Obra de Oscar Wilde, narrado y actuado por Michael MacLiammoir. Reproduce la producción del Dublin Gate Theatre presentada y dirigida por Hilton Edwards. Un disco long-play Columbia 403. Fabricado por Sondor Ltda. y fabricado en el Uruguay.

La idea de presentar a través de un espectáculo unipersonal la Vida y la Obra de Oscar Wilde tiene su modelo en otros espectáculos realizados en los últimos años en Inglaterra. Mientras Emlyn Williams recorrió las Islas Británicas y los Estados Unidos personificando a Charles Dickens (el mismo Dickens lo había hecho en vida porque era un gran conferencista y lector apasionado de sus emocionales novelas), a John Goelgud se le ocurrió un recital parecido que giraba en torno de Shakespeare. Sólo que la escasez de elementos biográficos sobre el gran dramaturgo isabelino y la abundancia y variedad de sus textos le hizo preferir la fórmula más simple del recital dramático: la poesía dicha sin ningún intento de personificación. Su espectáculo (titulado *The Ages of Man*) es de los más notables de su notable carrera. Al actor irlandés Michael MacLiammoir (de vasta actuación desde 1928) se le ocurrió que podía hacer algo semejante con alguno de los más brillantes irlandeses contemporáneos. Vaciló entre W. B. Yeats (el admirable poeta que realmente creía en brujas y espíritus, y cuya personalidad es casi tan fascinante como su obra lírica), James Joyce, el peregrino, y Oscar Wilde. Al fin se decidió por éste. La idea de personificar a Wilde, recitar sus poemas y sus epigramas, reproducir fragmentos de sus obras, era indudablemente tentadora. Por otra parte, Wilde y su período, esa década amarilla y malva que cubre los últimos diez años del siglo XIX, eran un viejo interés de MacLiammoir.

Así surgió *The Importance of Bein Oscar* que juega desde su título con el nombre de la más famosa comedia de Wilde: La importancia de llamarse (y de ser) Ernesto. El espectáculo fue estrenado hace años en el Dublin Gate Theatre, bajo la dirección de Hilton Edwards; ha sido llevado a todas partes del mundo con éxito muy singular (en Montevideo se presentó el 1º de julio de 1961, obteniendo la mejor recepción de toda la gira sudamericana) y ahora pasa a la inmortalidad en un disco long-play. Una primera parte del espectáculo evoca el aspecto luminoso y triunfador del que fue llamado Rey de la Vida. La segunda, después de un intervalo que cubre el escándalo y los procesos por homosexualidad (que el evocador omite presentar directamente, porque son demasiado conocidos y sórdidos), muestran al Wilde prisionero, al crucificado, al autor de la Balada de la cárcel de Reading. Sin embargo, hasta en la segunda parte hay risas.

Para MacLiammoir, la tragedia de Wilde es que el brillante comediógrafo no se hallaba preparado (ni en escena ni fuera de ella) para la tragedia. En la primera parte, MacLiammoir recita entre otras cosas el poema Hélas (en que hay un oscuro anticipo del destino de Wilde); lo muestra en su tributo poético a la belleza de Lily Langtry, y luego revela su perfil de esteta y adalid de la doctrina del Arte por el Arte; comenta su facultad de causar escándalo no sólo en el refinado Royal Café de Londres sino entre los rudos habitantes de las regiones más remotas de los Estados Unidos (a donde concurre en gira, vestido en la forma más estafalaria, con un traje de terciopelo y un lirio en la mano); y revisa en forma sumaria pero muy penetrante algunos de sus poemas, de sus narraciones (*El Retrato de Dorian Gray*), de sus comedias (*Un marido ideal*), *La importancia de llamarse Ernesto*; hasta glosa su amistad, que sería funesta, con Lord Douglas, el joven rubio caprichoso. Esta parte se cierra con el estreno mundial de *Ernesto* (un éxito abrumador) y el ramo de felicitaciones que trata de enviarle el padre de Lord Alfred, el violentísimo Marqués de Queensberry (el ramo estaba compuesto de hortalizas convenientemente escogidas).

La segunda parte no figura en este long-play que es realmente largo pero tiene sólo dos caras. Aún limitado a la pri-



Michael MacLiammoir

mera parte del espectáculo de MacLiammoir, y reducida la vida de Wilde sólo a su luminosa trayectoria, el disco merece ser escuchado con la más fina atención. Se encuentra allí el oyente con una personalidad histriónica de primer orden, trabajando un material dramático muy apasionante. Con versatilidad, con humor, con un arte refinado de la dicción que no excluye el acento típicamente irlandés que poseen tanto Wilde como su evocador, MacLiammoir presenta a su personaje y, sobre todo, dramatiza algunas de sus obras. Incluso *El retrato de Dorian Gray* parece una pieza de teatro, tal es la habilidad consumada con que MacLiammoir selecciona los pasajes de diálogo y concentra la sustancia dramática de la novela. Todo el final resulta en su versión realmente escalofriante, con esos toques perversos de esteticismo que aumentan aún el efecto morboso. En la misma línea cabe considerar el recitado (en un francés irlandés) de algunos pasajes untuosos de *Salomé* que Wilde escribió como homenaje a Francia y ejercicio en el decadentismo.

Pero tal vez los pasajes más brillantes del disco sean aquellos en que MacLiammoir recrea un par de escenas célebres de Wilde: la conversación entre Lord Goring y su criado, interrumpida por la brusca llegada del padre de Lord Goring, que pertenece a *Un marido ideal*, y que está dicha por MacLiammoir con el más sutil sentido de la ironía de la voz, cambiando de personaje y de intención con admirable celeridad; la famosa escena en que Lady Bracknell interroga a John Worthing en *Ernesto* para ver si es un candidato adecuado para su hija Gwendolen. En esta última escena, que domina por completo Lady Bracknell, el recitador y actor irlandés sabe encontrar un tono que se va poniendo progresivamente más y más ominoso sin llegar jamás a otra cosa que a una firme insinuación de terrorismo. Es un pasaje que por sí solo vale el disco. Pero hay muchos más.

—E. R. M.